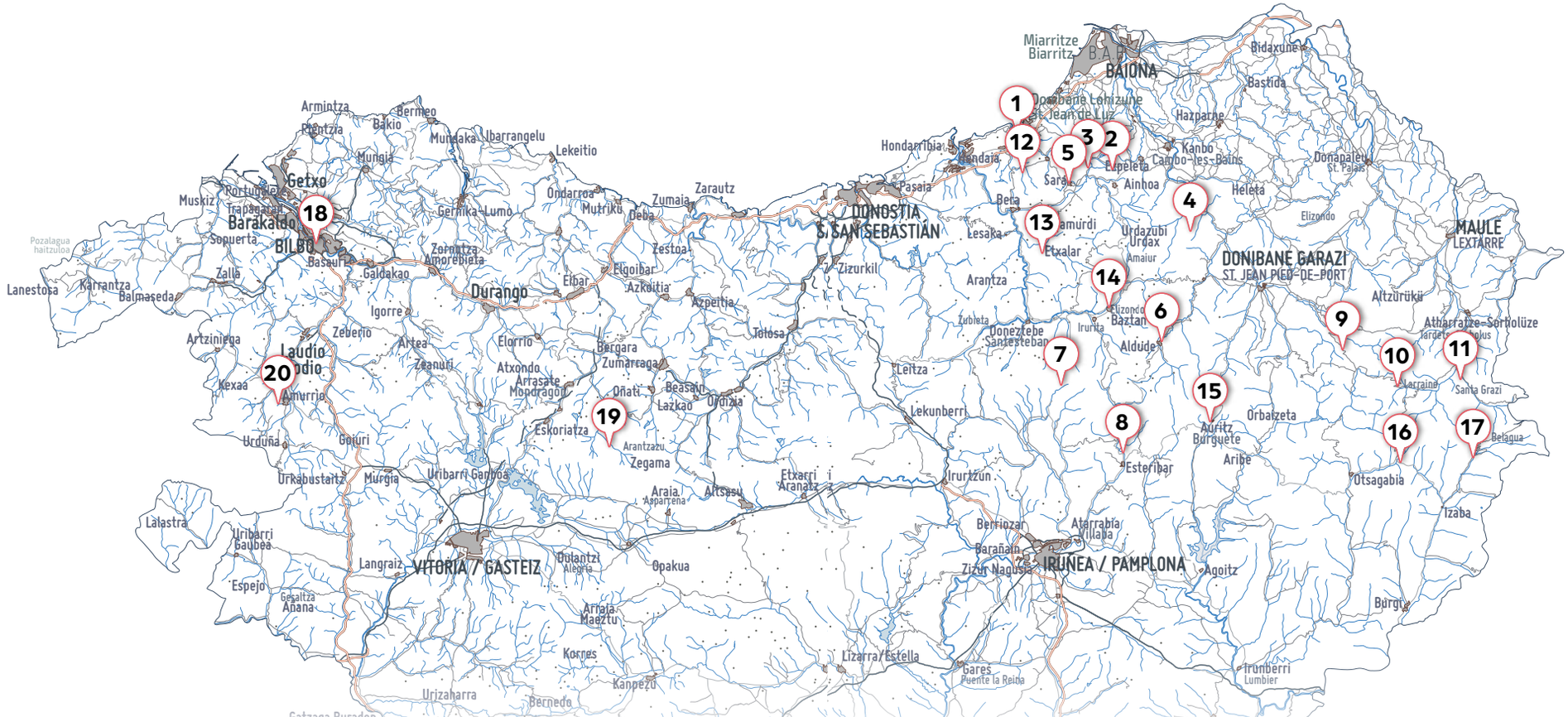
SENDEROS CLANDESTINOS

RICARDO HERNANI
JOSÉ MARÍA TORRES

EUSKAL HERRIA

SUA EDIZIOAK



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 8

HUIDAS EN LA GUERRA DE 1936 Y EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 13

1. La Línea Comète. Camino a la libertad 14
2. Atravesar la muga por Baztan. Variante Comète Larresoro-Ezpeleta 22
3. Variante Comète. Zuraide-Dantxarinea 28
4. Los valles escondidos de Urritzate y Aritzakun. Rutas olvidadas de la red Comète 36
5. De Sara a Bera por el collado de Lizarieta. Los últimos de la red Comète 42
6. De Aldude a Elizondo y viceversa. Un trasiego continuo 48
7. De Belate al valle de Aldude. Protegidos por la montaña 54
8. La fuga de Ezkaba 62
9. La red Zero. Huida a través de la Selva de Irati 70
10. La odisea de Haines a través de Orhi 78
11. De Santa Grazi a Izaba. Tras los pasos de Eloi Eiheramendi 86

GAU-LANA, MIGRACIONES Y PENURIAS 95

12. De Oleta a Bera por las rutas del contrabando, la emigración y los viejos conflictos 96
13. Senderos de Etxalar. En busca de la memoria del contrabando 104
14. *Gau-lana* en el corazón de Baztan. La conexión Elizondo-Aldude 112
15. De Auritz a Urepele por un territorio deshumanizado 122
16. De Uztarroze a Larraine. Rutas de alpargateras, contrabandistas, maquis y guerrilleros 128
17. La ruta de las "golondrinas". A Santa Grazi por Arrakogoiti en busca de trabajo 136

LAS OTRAS FRONTERAS DEL AYER 146

18. De Bilbao a Laudio evitando a los miñones de Areta 148
19. Caminos de contrabandistas. Sendero PR-GI 3004 154
20. La senda de los contrabandistas del Babio 160

INTRODUCCIÓN

Hacia Arrakogoiti, desde el portillo de Binbaleta.

Con los caminos ocurre como con la historia o la memoria, que, salvo excepciones, se pierden con el devenir del tiempo. Así es que apenas disponemos de fuentes sobre aquellos trazados por los que caminaron nuestros ancestros en la antigüedad, durante la Edad Media, o en fecha anterior a los dos últimos siglos, XIX y XX.

Aquellos tiempos pretéritos discurrieron además por lo general en unas coordenadas de proximidad muy alejadas de los parámetros globales de nuestros últimos cien años. Bizkaia, Araba, Gipuzkoa y Navarra constituían modestos universos para la inmensa mayoría de sus habitantes que, al igual que en el resto del viejo continente, subsistían de la agricultura, la ganadería o el pequeño comercio; debajo y al margen de la nobleza, el clero y otros grupos de poder.

Fueron los tiempos de "las mugas como parte de la historia local", tal como señaló la antropóloga Teresa del Valle; las mugas como definición de la propiedad privada, de los dominios personales. El trapicheo de mercancías y ganado se practicaría desde entonces y hasta las postrimerías del siglo XX como modo de elusión fiscal, acentuándose en las épocas de mayor penuria, tanto para sortear las imposiciones locales o internas como, tal como a continuación se verá, para eludir las fronteras con otros estados.

La aparición en la Edad Media de un actor por aquellos tiempos externo forjaría un cambio lento pero inexorable con el discurrir de los siglos posteriores. Nos referimos a la irrupción del reino de Castilla que logró la incorporación incruenta de la mayor parte de Bizkaia. No pasaría mucho tiempo para que Araba fuera asediada y arrebatada por las armas a Navarra, al mismo tiempo que Durangaldea y Gipuzkoa, y para que en 1512 se iniciara la invasión y conquista militar del propio corazón del reino. Tras los sucesivos fracasos, el último en 1521, por recuperar el territorio, la monarquía navarra quedaría (hasta su absorción por la francesa) al otro lado de la cadena pirenaica, la cual pasaría a suponer, en teoría, la nueva frontera en el seno de los territorios históricos vascos.

Mientras, la vida seguía por lo general igual para los grandes grupos de población, serían muchos y largos siglos de precariedad o subsistencia para las poblaciones dedicadas a la agricultura; así como de modestos desplazamientos para los grupos ganaderos, una vida en clave local que seguiría persistiendo por generaciones.

No sería hasta 1659 que se terminaría de firmar el Tratado de los Pirineos entre las coronas española y francesa, el cual incluía un intercambio de territorios a la vez que se daba por aceptada la separación fronteriza a lo largo de la cadena pirenaica.

Aun así, pasaron 200 años hasta que entre 1856 y 1868 se definieron y colocaron los 602 mojones fronterizos o *mugarris* (272 en Euskal Herria). Había quedado definida la frontera que

cicatrizaría la tierra del euskera hasta su reciente abolición para la vida diaria, que no a efectos legales, gracias al tratado de Schengen de 1985.

Unos pocos años antes del levantamiento de los *mugarris* se había producido otro hecho relevante, y necesario de reseñar en esta breve introducción: tras la primera guerra carlista, el Estado español impone el traslado en 1841 a la frontera pirenaica de las aduanas del río Ebro, entre cuyas riberas se contrabandeaba por medio de barcas.

Este hecho, unido a la delimitación precisa de la muga, fueron las consecuencias en nuestra geografía de la construcción de los modernos estados europeos, concretamente el español y el francés. No han pasado ni doscientos años de ese momento.

Y si hay frontera hay contrabando; no ya un movimiento de mercancías o ganado que evitase cargas impositivas, en especial en épocas dramáticas o de subsistencia (que también) sino todas las casuísticas de movimientos que rompiendo la frontera se producirían en los últimos y convulsos dos siglos. Toda una actividad que no lograrían detener, ni siquiera aminorar, los diferentes cuerpos creados o encargados de su represión: ni el resguardo de aduanas, ni el cuerpo de carabineros, ni la guardia civil.

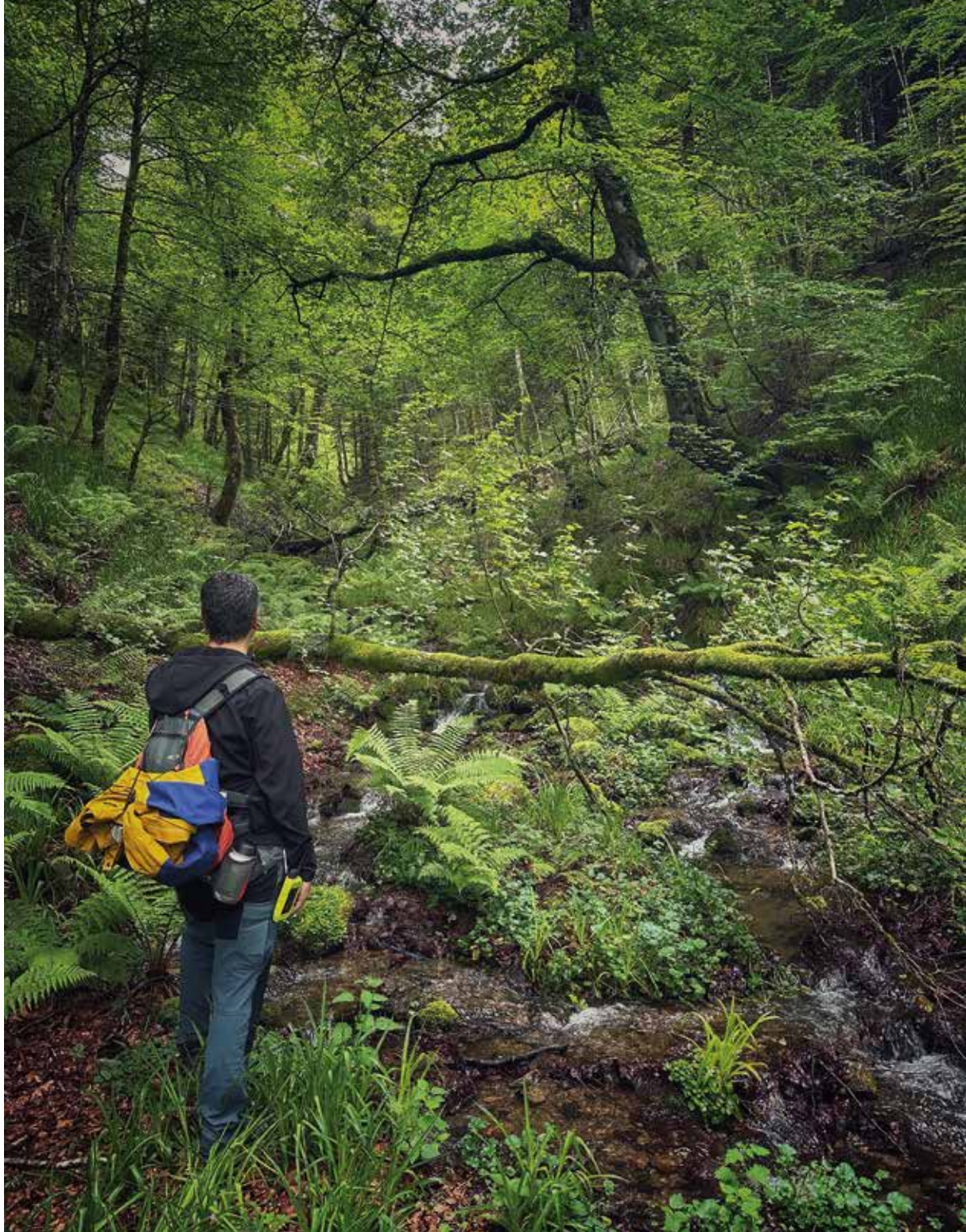
La mayor parte de las migraciones, de las huidas, del contrabando, o del movimiento de tropas se producen por lo general por los pasos más evidentes, cerca de los cruces oficiales, a menudo mediante vehículos. Hay poblaciones como Urdazubi, Zugarramurdi, Orreaga [Roncesvalles], por no hablar de Luzaide [Valcarlos], que se confunden con la propia frontera. Son muchas otras a las que apenas les separa un corto paseo por la carretera, por una amplia pista forestal o a lo largo de un agradable camino en el bosque.

Pero estos también se vuelven enseguida los más vigilados, y es entonces cuando hay que recurrir a las rutas más ocultas, aquellas cuyos secretos están reservados a los pobladores locales, aquellos a los que la frontera bautizó, o tal vez condecoró, con el título de *mugalaris*.

Ellos y ellas ayudarían a quienes huyeron de una muerte segura tras su derrota en la guerra de 1936-39, a centenares de pilotos aliados cuyos aviones fueron derribados en la Segunda Guerra Mundial, a miles de perseguidos por razones políticas, a quienes desertaron de reclutamientos militares forzosos, a agentes secretos, a miles de familias judías que escaparon de la Alemania nazi, a millares de portugueses que ansiaron una vida mejor en la Europa central, a los derrotados de las diferentes guerras del XIX, al maquis...

Todo ello, además de lograr convertir la herida que rompió en dos el pequeño país, a ambos lados de los Pirineos, sus pueblos, valles y montañas, en una oportunidad económica; primero de supervivencia y a la postre incluso de riqueza.

A medida que los autores hemos conocido algunas de las conmovedoras historias de aquellas personas que hicieron de la muga parte de su propia vida, nos hemos ido dando cuenta de los valores que compartían con la práctica del montañismo actual. Libertad, esfuerzo, humildad, lealtad, compañerismo... son señas de identidad comunes de aquellos que antaño atravesaron los valles y montes fronterizos arriesgando muchas veces sus vidas, y de los que hoy buscan en la montaña encontrarse con los bosques y ríos de Euskal Herria. Cuando hemos recorrido estos senderos secretos, el murmullo de los arroyos y los viejos hayedos nos han susurrado las historias de aquellos *mugalaris*, cuyo espíritu hemos sentido junto a nosotros en todas y cada una de estas rutas. Ojalá consigamos que el lector experimente la misma sensación cuando recorra las páginas de este libro.



Vegetación en Kakueta.

1 La Línea Comète
Camino a la libertad

En aquellos años realizar esta ruta no suponía ninguna excursión. Los que la emprendían lo hacían de manera clandestina, escondiéndose en bordas que les ofrecían cobijo, siempre con el miedo y la angustia de ser descubiertos a cada paso, en cada recodo del sendero. El objetivo era escapar del enemigo y cruzar el Bidasoa. Ochenta años después recorremos el itinerario que seguían los aviadores derribados en la Europa ocupada, a través de los montes de la muga, parafraseando al historiador Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, camino a la libertad.

Larhun, siempre presente en tantas rutas de evasión.

En el cementerio de Zokoa descansan Catherine Agirre (alias Kattalin) y Florentino Goikoetxea. Ambos fueron dos de los colaboradores más activos de la Red Comète, organización que se dedicó a evacuar a los pilotos británicos caídos en el transcurso de sus misiones durante la Segunda Guerra Mundial. A modo de pequeño homenaje, y en recuerdo de estos miembros de la resistencia, hemos decidido iniciar la ruta desde este abigarrado camposanto ligeramente elevado sobre el paseo marítimo (8 m). Desde aquí nos dirigimos a la cercana playa de Ziburu donde, sin llegar a atravesar el puente sobre el río Untxin, giramos a la izquierda por la Rue Brique Baita que se abre paso entre típicas casonas vascas para convertirse un poco más adelante en la Av. Kattalin Agirre, en recuerdo de esta cooperante en cuya casa se agrupaban los fugitivos de la Comète después de una larga huida a través de la Francia ocupada.

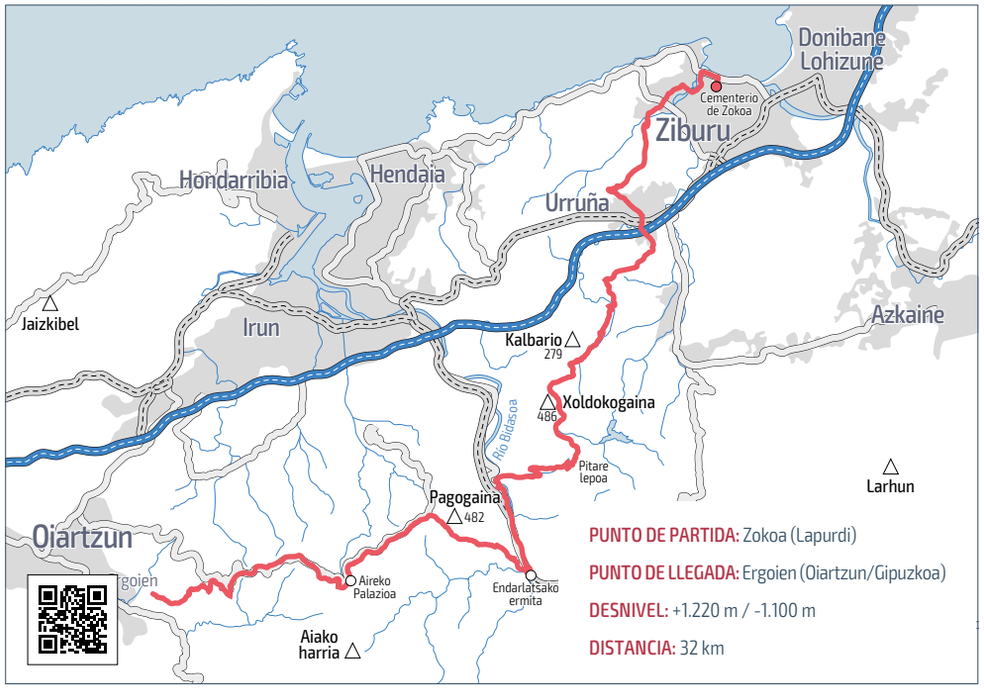
En la plaza-aparcamiento encontramos un par de paneles explicativos sobre la historia de esta organización, así como del perfil de la ruta que seguían aquellos aviadores y sus guías hasta alcanzar la frontera. Continuamos por la misma calle, atravesando la pequeña Pilota Plaza, hasta alcanzar un puente que, esta vez sí, salva el Untxin para llegar al cruce con la Rue de Socoa, por la que continuaremos todavía por entorno urbano, en dirección al Camping Untxin-Socoa (35 min).

Superado el camping, llegamos a la altura de Untxingo Errota donde surge una bifurcación en la que hay una señal indicativa del GR®T2 “Itinéraire Comète” indicando que nos separan 0,3 km del cruce donde se inicia el Camino de Hirigoingoborda. Andando aún por pista asfaltada, vamos dejando atrás el entorno urbano de manera que, tras cruzar bajo la línea del ferrocarril, la estrecha carretera comienza su ascenso por el bosque hasta encontrar la mencionada bifurcación que, a nuestra izquierda, continúa subiendo convertida en una pista de tierra.

Pasamos junto a un pequeño bosque donde hay varios puestos de caza, para volver a llanear en terreno abierto entre caseríos con bonitas vistas al monte Larhun los cuales lucen el sugerente reclamo de venta de *fromage*. Manteniendo la dirección, y después de un suave ascenso, llegamos a la pequeña capilla de Sokorriko Ama (101 m/1 h). La ermita, construida a comienzos del siglo XVII, está rodeada por un centenar de tumbas en recuerdo a los fallecidos durante la epidemia de cólera de 1855. Desde este punto, iniciamos el pronunciado descenso junto al caserío Gora Baita hacia Urruña, a cuya pintoresca plaza junto a la iglesia de San Bixintxo no tardamos en llegar.

Dejamos atrás el centro de la población para continuar la marcha en dirección sur. Cruzamos la carretera primero para superar más tarde un puente sobre la autopista A63. Unos 200 metros después, nos incorporamos a mano derecha al Biriatou Bidea, lugar en el que también hay una señal que indica la dirección al Calvario. Llaneamos entre barriadas de caseríos hasta llegar a Bidegain-Berri, a la altura del número 1140. Esta borda de Urruña era uno de los puntos clave de la red, lugar donde Frantxia Usandizaga daba cobijo a los soldados evadidos, mientras Juan Larburu, que era el enlace con los *mugalaris*, preparaba el asalto final a la frontera. Ambos serían delatados y detenidos por la Gestapo en esta casa el 15 de enero de 1943 junto con la belga Andrée de Jongh *Dedée*, fundadora de la Red Comète, y tres pilotos británicos de la RAF. Frantxia sería deportada al campo de concentración de Ravensbrück, donde moriría en abril de 1945, después de sufrir múltiples penalidades, mientras que Juan no correría mejor suerte, puesto que tras pasar por Buchenwald, finalmente fallecería en el campo de Flossenbürg en abril de 1944 a los 31 años. Desde Bidegain-Berri se divisan las montañas que hay que superar para llegar a la frontera, y nos imaginamos la ansiedad de todos los que

GUÍA PRÁCTICA



Cima de Xoldokogaina.

aquí escondidos aguardaban la señal para iniciar la etapa final y más peligrosa del camino. Para atravesar la frontera contaban con la ayuda del mencionado Florentino Goikoetxea, un *mugalari* y contrabandista que conocía bien los senderos de la montaña. Al caer la noche, el grupo de fugitivos guiados por Florentino a la cabeza se ponía en marcha desde este *baserri* por el camino de Etxezahar Bidea, que comienza a descender a unos cien metros de la casa (70 m/1 h 40 min).

Una vez finaliza la bajada, llegaremos al lugar de Tomasenea para cruzar un pequeño puente a la derecha e inmediatamente después comenzar a ascender a través de Bordaberri Bidea, el cual nos conduce hasta la casa del mismo nombre, punto en el que se termina la pequeña carretera asfaltada y coge el testigo una pista carretil que nos conducirá hasta Uxamendiko Borda, en cuyas inmediaciones parte un empinado sendero por el que iniciamos la subida hacia el monte Kalbarioa. Tras superar una puerta metálica, abordamos ya la etapa verdaderamente montañera de la jornada, por una senda junto a un bonito arroyo que se adentra en el bosque.

El camino aumenta su pendiente a la salida del arbolado junto a una vieja cabaña para el ganado y va ganando altura hasta alcanzar un collado (225 m/2 h 15 min) desde el que divisamos al norte la gran cruz que preside el monte Kalbarioa y su pequeña ermita. Nosotros, sin embargo, ponemos rumbo en dirección sur para seguir ascendiendo por terreno abierto; la pendiente se endurece y vamos ganando progresivamente altura sin apenas descanso mientras disfrutamos de las vistas sobre el mar, hasta llegar por fin a la cima del monte Xoldokogaina (486 m/2 h 50 min). Esta es la primera cumbre que se alcanza siguiendo la ruta transpirenaica GR10 que parte de Hendaia, y sus vistas no defraudan. Desde su buzón, presidido por un pequeño monumento en forma de pájaro, destaca el monte Larhun, Aiako harria, Jaizkibel y Hondarribia a sus pies, la bahía de Txingudi y Hendaia, así como la lejana Donibane Lohizune desde cuyas inmediaciones hemos partido.

Tras recuperar fuerzas, nos ponemos de nuevo en marcha para afrontar el descenso que, a través de Osingo lepoa, nos llevará hasta un collado conocido como Pitare. En este punto debemos seguir la pista que continúa bajando por el denominado Mugazainen bidexka, una ruta circular por los antiguos senderos que vigilaban los agentes aduaneros para controlar el contrabando nocturno. El descenso a través del bosque de robles y castaños es un regalo para los sentidos. Las hojas empiezan a cubrir el suelo a comienzos de este otoño, el sonido del viento entre los árboles acompaña el murmullo de varios arroyos y un pequeño grupo de *pottokas* surge en el recodo del camino.

La pista nos deja a los pies del Lantzeta Erreka, desde donde seguimos de frente para buscar el paso clave de toda la ruta: el descenso final y el cruce del Bidasoa. Un modesto monumento con dos estelas recuerda a Antoine D´Ursel (exjefe de la red Comète en Bélgica) y al teniente James Burch de las USAAF, que fallecieron ahogados la

Estelas en homenaje a A. D´Ursel y J.F. Burch.

noche del 23 de diciembre de 1943 al tratar de cruzar el río. En este lugar coincidimos con un grupo de excursionistas que han tratado de bajar al cauce sin éxito debido a la densa vegetación, lo cual no nos desanima a intentarlo y, finalmente, conseguirlo tras un corto destrepe, cruzando una zona de tupidos helechos.

Hemos llegado a la muga, al punto exacto donde los fugitivos afrontaban el paso decisivo y definitivo (5 m/4 h 15 min). El río no baja con mucho caudal en esta época del año, pero le tenemos respeto al Bidasoa y dudamos sobre cuál es el mejor lugar para intentar cruzarlo. Elegimos un paso donde aparentemente no hay mucha profundidad y vamos atravesándolo en fila india, con precaución a pesar de que la corriente no es muy fuerte, avanzando con el agua por encima de la rodilla, hasta llegar finalmente a la otra orilla, donde imaginamos la emoción que debieron sentir aquellos pilotos al poner el pie en este lugar.

Hemos cruzado el Bidasoa exactamente en el mismo punto donde Florentino Goikoetxea lo hacía con los fugitivos de la Red Comète, a la altura de la antigua estación de tren de San Miguel, la cual pertenecía a la línea que unía Irun con Elizondo, y que estuvo operativa entre los años 1898 y 1956. Hoy, la vía férrea se ha convertido en una vía verde por la que vamos a progresar río arriba hasta el puente de Endarlatsa.

A partir de ahí deberemos encarar una prolongada subida que se inicia con un corto tramo de escaleras junto a la ermita, para ascender por un sendero bien marcado que rápidamente gana altura con fuerte pendiente. En Pikako Dorrea, una construcción levantada tras la segunda guerra carlista para evitar futuros contactos entre tropas guipuzcoanas y navarras, hacemos una breve parada para coger fuerzas y disfrutar de las vistas que nos ofrecen estas agrestes montañas que se levantan sobre las cicatrices que el Bidasoa y su afluente, el río Endara, han modelado a sus pies.

Debemos seguir cuesta arriba, pero nuestras piernas nos recuerdan que llevamos más de 20 km de caminata desde que salimos de Zokoa y el ascenso se presenta largo y nos obliga a cortas paradas para retomar el aliento. Entendemos por qué las crónicas relatan que los evadidos llegaban exhaustos a las alturas de Pagogaina (482 m/6 h). Hoy, junto a un vértice geodésico, apenas quedan unas ruinas de este fuerte levantado a finales del siglo XIX y que sería ocupado por un puesto de carabineros hasta su práctica total destrucción durante la guerra de 1936.

Nos encaminamos hacia el punto de información de Lapur-iturri, al pie de la carretera GI-3454, que nos va a escoltar durante los siguientes kilómetros. Superamos de esta manera el área recreativa, vigilada por las ruinas del fuerte de Erlaitz, para continuar nuestro avance cruzando las verdes campas de Arbiun hasta sumergirnos en un bello bosque de robles y hayas. Oculto por la vegetación descubrimos Aireko Palazioa o Castillo del Inglés (480 m/6 h 50 min), cuyas ruinas correspondieron a las antiguas oficinas levantadas en 1887 por la compañía

En la muga fluvial del Bidasoa.

Dejamos atrás Aiako Harria.

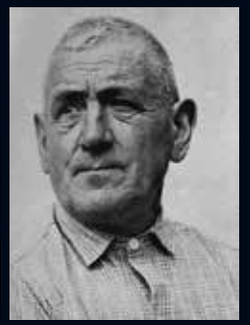
The Bidasoa Railway & Mines Ltd, que explotó las concesiones mineras existentes en aquella época en las faldas de Aiako harria.

No muy lejos, por el sendero a través del bosque, superamos también un viejo nevero, hasta salir finalmente del arbolado al pequeño aparcamiento de Elurretxe, donde cruzamos la carretera para continuar el descenso por los márgenes de un bonito pinar. A su salida, surgen unas campas desde donde ya divisamos Donostia en la lejanía, mientras dejamos a nuestra espalda los imponentes muros graníticos de Muganix, Irumugarrieta, Txurrumurru y Erroilbide, el corazón del parque natural de Aiako Harria.

Abandonamos el margen de la carretera para perder rápidamente altura a través de las campas y buscar Burkondo Bidea, una pista que finalmente nos dejará a los pies del caserío Sarobe (155 m/8 h 15 min), situado en el barrio de Ergoien, refugio donde la familia Iriarte-Berasategi acogía a los huidos tras llegar agotados y con las alpargatas que calzaban desde Bidegain-Berri completamente destrozadas. Habían superado lo más complicado, aunque su viaje no terminaba aquí. Tras bajar al barrio de Altzibar, en Oiartzun, aún debían llegar a Errenteria, evitando los controles de la Guardia Civil, para alcanzar finalmente Donostia, donde quedaban en manos del servicio de inteligencia británico, MI9, que los llevaría de vuelta a casa a través de Gibraltar. Pocas personas quedan vivas para recordar aquellos años.

LA RED COMÈTE EN EUSKAL HERRIA

En recuerdo de Frantxia Usandizaga, Juan Larburu, Alejandro Elizalde y Jean Dassié, los vascos que dieron su vida por la red Comète.



Andrée de Jongh y Florentino Goikoetxea.

Andrée de Jongh, una joven belga de 24 años a la que apodaban *Dedée*, puso en marcha una de las mayores redes de evasión que operó en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Apoyada por un compañero de la resistencia, Arnold Deppé, establece contacto en Angelu [Anglet] con la familia de exiliados belgas De Greef, con quienes organizaría la ruta de salida a través la frontera. La propia *Dedée* realizaría su primer paso en julio de 1941 acompañada del mugalari Tomás Anabitarte. Llegó hasta el consulado británico de Bilbao junto a once evadidos.

Este hecho convenció al gobierno inglés para involucrar al MI9 y financiar futuras operaciones de la Red Comète que, de esta manera, se puso definitivamente en marcha. Entre esta fecha y enero de 1943, momento en el que fue arrestada por los alemanes en el caserío Bidegain-Berri de Urruña, la propia Dedée cruzaría el Bidasoa decenas de veces en compañía de Florentino Goikoetxea. Tras su detención, sería su lugarteniente Jean-François Nothomb (alias *Franco*) quien exploraría otras rutas de evacuación alternativas, las principales por Larresoro-Ezpeleta y Zuraide-Dantxaria, y otras secundarias por Sara y Bidarrai. La Red Comète dejaría prácticamente de operar tras el desembarco de Normandía en junio de 1944, una vez que se abrieron otras vías de salida para evacuar al personal militar y civil. En el transcurso de los algo más de tres años durante los que estuvo operativa, 288 aviadores y 84 civiles lograron atravesar la frontera y ponerse a salvo.

Dedée fue liberada del campo de concentración de Ravensbrück, y continuó su labor humanitaria como enfermera en leproserías de Congo, Camerún y Etiopía. Florentino Goikoetxea y Kattalin Aguirre sobrevivieron a la guerra y fueron condecorados con la Legión de Honor francesa, pero hubo muchos otros: Bernardo Arakama, Maria Garaiar, Alejandro Elizalde, Maritxu Anatol, Martín Hurtado de Saratxo, Ambrosio San Vicente, Manuel Iturrioz, Patxi Okamika, Manuel Olaizola, Martín Errazkin, Pierre Etxegoien, los hermanos Jean-Baptiste y Pierre Agerre, Jean Elizondo... y otros tantos colaboradores vascos a un lado y otro del Bidasoa que participaron activamente en el sector Sur de la Red Comète, los cuales merecen que su historia sea rescatada del olvido. En la página www.cometeline.org figuran los nombres de todos los evadidos y su ficha correspondiente, así como la de los miembros de la resistencia y miembros de la Red Comète que les ayudaron.